



Madrid es una atracción, en aumento, para los artistas extranjeros. Por los estudios de los pintores madrileños desfilan los viajeros de todo el mundo. En Madrid se han formado esos barrios característicos a los que da gracia, estilo y presencia la instalación de los «equipajes» de pintores y escultores. Es más: se podría seguir una trayectoria estética según las calles en que se hallan determinados artistas. Nos tienta el propósito de la digresión sobre el tema y la influencia del medio ambiente en la formación emocional de cada pintor; pero el intento sería largo, y habría que recogerlo desde la influencia geográfica primero para llegar, en buen proceso de conclusiones, a la influencia urbana.

Alice Widenbrueg de Wilmer es una escultora argentina y su silueta se halla frecuentemente en los estudios de los artistas españoles, en donde se ha formado una «bohemia» con características propias y, aunque dentro de la tradición, con formas nuevas.

Hemos conocido a Alice en uno de esos estudios que se hallan en la parte más lírica de Madrid, cerca del Palacio de Fernán-Núñez, y no lejos del edificio en donde fué a morir el amor más desenfadado del poeta Espronceda. Calles propicias para el ensueño y por las que se perdía muchas veces la silueta romántica — en nueva acepción — del poeta de la Luna y de la Noche: Emilio Carrere, cuyo nombre se canta ya —suprema ambición— en los coros de niñas y en las ruedas-ruedas. Pertenece el estudio a un artista cuya obra, dentro de muy poco, ha de constituir una sorpresa y una excepción. Nos referimos al pintor Picó, que en una buhardilla ha realizado el milagro de una resurrección extraña, por su diversidad, que preside un maniquí con careta. Allí, frente a los tejados del viejo Madrid, ha colocado su caballete y sus pinceles, y encima de otros techos hasta ha creado un jardín demasiado volante, pero con el encanto de las plantas humildes que conquistan mejor a la gracia.

Alice Wilmer, huésped de honor, se muestra encantada. Nos dice cómo su peregrinaje por estos estudios es continuo, y nos habla de España: —Son algo magníficos este país y esta capital de Madrid, en donde hoy se puede asegurar que se recoge todo el centro artístico del mundo. Yo estoy encantada y muy sinceramente agradecida por la acogida que ha tenido mi obra, expuesta recientemente, y que ha merecido calurosos elogios.

Alice Wilmer, excelente artista es motivo para sentirse orgullosa. Es difícil unificar la conversación. La señorita búlgara Didi Nelcov, Oscar Wilmer, Pascual, Manuel, críticos y otros artistas extranjeros, mezclan el sonido de sus acentos en una sucesión de preguntas y respuestas variadas, y la voz de Alice se nos pierde; pero no tanto como para no saber que uno de sus últimos triunfos lo ha constituido la magna estatua, de siete metros de altura, que se levantó en la entrada de la Exposición Industrial Argentina y que, bajo el título de «El Espíritu y el Trabajo», constituye hoy una de las aportaciones más interesantes de la escultura contemporánea.

Al preguntarle acerca de sus proyectos nos responde: —Uno de ellos era el de acudir a la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid; pero me olvidé de lo más importante: del plazo de admisión. Así, cuando quise enviar algunas de mis obras, la fecha había cumplido con exceso.

Y añade con una bella pronunciación, típicamente rosarina: —Mi vida transcurre en mi estudio, en la vida de sociedad y en los talleres de pintores y escultores, y, precisamente, lo más elemental se me olvidó. Como Vds. dicen: En casa del herrero, cuchillo de palo.

Luego, continúa rápida: —Pero, no importa. Expondré próximamente. Además, tengo una sorpresa.

—¿Cuál?

—La de una escultura de «Manolete», el gran torero, que envié a la Exposición de Arte Taurino de Córdoba, donde obtuvo el primer premio.

Alice continúa resumiendo éxitos y proyectos y la escultora, que conoce la fama internacional y el ambiente de todos los países, confiesa:

—Como en España, nada, ni como el signo de resurrección artística que se anuncia en este país, que se ha convertido en centro de voluntades artísticas y en donde todos los conceptos tienen un ambiente y unos cultivadores ejemplares.

La conversación no se puede prolongar. En un gramófono suenan canciones populares y vuelven a sus lugares los lienzos, las porcelanas, los vidrios y relojes del pintor dueño del estudio, que los ha ido coleccionando con esa manía que tanto se ha extendido y que es la mejor demostración de que la vida es más agradable ante las formas de belleza y también ante el recuerdo.



A L I C I A W I L M E R

Tres muestras del arte de Alicia Wilmer: Cabeza (1944), «El espíritu y el trabajo», estatua de siete metros de altura que se levantó a la entrada de la Exposición Industrial Argentina, y cabeza de «Manolete», primer premio de la Exposición Taurina de Córdoba (España 1948).—Alicia Wilmer aparece, en otra de estas «fotos», en el estudio del pintor Picó, en Madrid, con otros artistas y escritores.

